



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Una derrota que hace bien a todos

Exposición del Mensajero del Eterno

LOS seres humanos tienen pensamientos totalmente contrarios a la verdad, y después de haberse esforzado y trabajado mucho, son decepcionados porque no se apoyan en la verdad, sino en cosas ficticias. Esto es muy doloroso para ellos. Cuando un hombre se ha esforzado mucho durante toda su existencia, y que llega a un recodo de la vida, se da cuenta de que todo lo ha hecho en vano, y aun a veces sus propios hijos no le quieren.

Los hombres sufren así toda clase de reveses durante su vida; a los que viven en la opulencia, habiendo logrado cierta felicidad, la muerte les es todavía más dolorosa, a causa de la separación con su familia. La decepción, pues, es la suerte de la humanidad en general. Hoy se nos propone una batalla que libraré a la humanidad de su triste situación.

En estos últimos tiempos, hemos podido precisar que son especialmente nuestros hábitos que nos encadenan y nos hacen sufrir. Estos hábitos, o nuestro carácter son cadenas forjadas por el adversario que crean un ambiente, un estado espiritual que hace a los hombres totalmente esclavos. Cuanto más los hábitos son arraigados bajo el control del adversario, más grande es la esclavitud. Los que llaman maníacos, tienen pensamientos extravagantes, proviniendo de hábitos insólitos y molestos para los que los rodean.

Los humanos en general están en las tinieblas, y lo estamos también nosotros en gran parte. Hay que librar un combate por la luz, a fin de que ésta pueda penetrar en nosotros y libramos de las tinieblas, de los hábitos que nos hacen morir, para adquirir los que nos hacen vivir.

Como el adversario nos induce a seguir en nuestros hábitos, la batalla interviene. Cuando queremos dejarlos, nos damos cuenta de que están bien arraigados en nuestro cerebro. Aprender no es difícil, pero desaprender lo es más. Por tanto, nos damos cuenta de la inmensa bendición que es aprender enseguida a practicar cosas legales, que nos dan hábitos que no requieren ser cambiados.

En efecto, los hábitos legales que tomamos son para nosotros verdaderas protecciones contra los malos pensamientos y los sufrimientos que aquejan a los humanos a causa de sus hábitos ilegales. Es a causa de estos hábitos ilegales que de vez en cuando, en la humanidad se declaran estas rachas llamadas guerras. Es el producto de lo que se ha sembrado.

Mientras la humanidad practique las cosas actuales, habrá guerras. No puede ser de otro modo, pues la Palabra de Dios dice: "El que siembra viento, tempestad recoge." Os. 8: 7. En

efecto, es el resultado que obtienen los hombres con la práctica de la ilegalidad.

Es maravilloso que podamos salir de las tinieblas, y los progresos hechos nos permiten sufrir mucho menos en el mundo. Si se presentan ciertas oposiciones, son maravillosas ocasiones de aprender la paciencia, la dulzura, la longanimidad y la bondad. Así podemos adquirir un carácter de un buen temple, que nos sirve de protección y de fuerza benéfica.

Cuando humillan a uno que es humilde, esto no le hace nada; pero el orgulloso se siente terriblemente afectado por la humillación, que lo hace horriblemente sufrir. Los hábitos legales que adquirimos con la sumisión a las pruebas y con la práctica de las enseñanzas divinas son para nosotros una bendición, una ayuda y un socorro para introducir el bendito Reino del Hijo del amor de Dios.

¡Cuánta alegría sentimos de poder realizar lo que se nos ofrece! A menudo, los queridos hijos de Dios no aprovechan las maravillosas bendiciones que el Señor pone a su alcance; pues no las toman a pecho y no realizan la fe, que es lo más esencial en las oraciones y reuniones, y no el mero hecho exterior de acudir a las reuniones más bien por temor.

Con tales ideas no se progresa, se sigue los mismos y a veces se retrocede. Todo depende, pues, del celo que ponemos en librar la buena batalla de la fe, a la cual el apóstol Pablo invitaba a Timoteo a combatir fielmente. En cuanto a nosotros, debemos también librar esta batalla a causa de los hábitos que el espíritu del mundo nos ha formado.

Son fuertes cadenas que conviene romper, ataduras de las cuales debemos desprendernos, como lo decía el apóstol Pablo. No es cuestión de combatir contra el prójimo, sino contra los hábitos que el gran adversario nos ha inculcado y con los cuales él cerca nuestro cerebro.

Los seres humanos no tienen defensa alguna contra el adversario, que puede mantenerlos completamente bajo su férula y manejarlos a su antojo, como peones sin voluntad. De vez en cuando les echa un hueso que roer, y están muy contentos, al no tener nada mejor. Pero, para esto, tienen que sostener con todas sus fuerzas el reino del diablo en la tierra, y ser buenos súbditos en su reino. Es así cómo el adversario obra con los seres humanos.

Los hijos de Dios pueden desprenderse de esta sujeción diabólica, al esforzarse en realizar el carácter divino que se obtiene al cambiar los hábitos. Los hijos de Dios no desean seguir esclavos, desean andar como hijos. Cuando el Señor no les da lo que desean, esperan, porque saben que el Señor quiere darles la vida eterna

en la felicidad. El les da un plazo, durante el cual pueden ser viables.

Nos ocupamos de una magnífica obra filantrópica que libera a la humanidad. Si deseamos liberarnos totalmente, debemos combatir de acuerdo con las reglas. Esto requiere cambiar de carácter, poner nuestras aspiraciones egoístas a un lado para desarrollar aspiraciones altruistas, a fin de beneficiar a los que nos rodean, lo que es nuestro mayor gozo.

Tenemos cuidado para los demás, y no para nosotros. Nuestro cuidado es estar en la nota, para ayudar al prójimo, concederle nuestro amor y nuestra abnegación. He aquí lo que hace un discípulo o un miembro del Ejército del Eterno verdaderamente fiel. Al hacer esto, estamos seguros de cambiar rápidamente de carácter, porque venimos a ser altruistas. Entonces, cuanto más dificultades hay, más avanzamos también, puesto que cuanto mayores son las dificultades, más se necesitan esfuerzos para vencerlas por la legalidad.

El amor cubre una multitud de pecados, dicen las Escrituras. El amor es el sentimiento que conviene realizar. No es cuando nos aman, cuando nos prodigan toda clase de amabilidades, como aprendemos las lecciones, porque la Palabra divina muestra bien que si sólo hacemos bien a los que nos lo hacen, no hacemos más que los paganos. Pero si hacemos el bien a los que nos hacen sufrir, si bendecimos a los que nos maldicen y oramos por los que nos persiguen, somos verdaderos hijos de Dios.

Aquí ya no es más cuestión de una teoría, de escuchar durante una hora o dos una exposición o un sermón y volver luego a los hábitos de siempre. Hay que entrar en lo vivo de la acción, y cuando la prueba se presenta, es una ocasión para desarrollar un carácter formado de sentimientos nobles y generosos. Así transformamos el carácter vil en un buen carácter, la corrupción se va y lo incorruptible aparece en una resurrección verdadera. Esta empieza en el nuevo carácter, y acaba cuando el carácter está completamente reformado.

El pequeño rebaño debe adquirir un carácter absolutamente idéntico al carácter inefable y glorioso del Hijo muy amado de Dios. Las Escrituras declaran: "Hay muchos llamados, mas pocos escogidos", porque son pocos los que toman las cosas bastante a pecho.

Esto no quiere decir que ellos no hayan recibido constantemente la ayuda necesaria: al contrario, han recibido lo que les era necesario, la bendición y todo lo que podía favorecer el cambio de su carácter; pero los que no toman las promesas bastante en serio, ni las repasan sin cesar en su corazón, cuando llegan las prue-

bas se ponen nerviosos, se excitan, no aceptan lo que se presenta como viniendo de su Padre.

Sabemos que el adversario nos crea las pruebas, pero el Señor las filtra y sólo deja venir lo que puede ser para nuestra mayor bendición. El Señor no permite que nos alcance lo que no sería bueno para nuestra educación, y El vela fielmente. Si no fuera así, el adversario nos lanzaría tantas dificultades en las piernas que nos derribaría, Pero el Señor deja venir a medida justo lo que hace falta para el cambio de nuestro carácter.

Cada uno está en el lugar más favorable para aprender, y en este lugar puede formar fácilmente un carácter glorioso. Es así como peleamos la buena batalla de la fe. Se producen victorias o derrotas, según estamos o no en la nota. Si nos humillan, nos atormentan, nos hacen reproches y nos defendemos, haciendo a nuestra vez reproches, estamos inmediatamente fuera de la Ley, puesto que la Ley es el amor en todos los sentidos y en todas las circunstancias.

Es por amor y paciente aguante como logramos la formación del carácter; podemos desarrollarlo con las pruebas, que a veces se repiten. La prueba puede durar más o menos, según el tiempo que tardamos en aprender la lección; cuanto más pronto la aceptamos, más corta es, y más pronto alcanzamos el resultado al cual el Señor desea que lleguemos, y menos tendremos que sufrir. Es preferible sufrir que perecer. Para la gran compañía, que durante el alto llamado sufrió terriblemente, era de todos modos preferible que padeciera y finalmente formase un carácter en el sufrimiento, que no sintiera ningún dolor y fuera rechazada.

Todo concurre para la bendición final. En todo caso, es necesario pasar por el camino de la instrucción, y no podemos alcanzar la vida de otra forma; las lecciones se aprenden en el paciente aguante. El Señor nunca desespera de nosotros, nos conduce con tierno amor, y si hace falta deja venir la misma prueba durante veinte años, hasta que la hayamos vencido. Es sólo por este camino como podremos ser librados de nosotros mismos y de nuestros hábitos que son ataduras del adversario.

Ahora podemos comprender de qué maravillosa protección se beneficiarían los niños si les enseñaran el buen camino. La influencia bendita penetraría en su corazón, y la instrucción recibida les formaría una mentalidad legal que sería para ellos la mejor protección contra el espíritu diabólico. Este mal espíritu es terriblemente pertinaz, se entremete en todo y llega hasta importarnos durante la noche. El espíritu de Dios, al contrario, es amable; nunca nos importuna, y si no deseamos que obre en nosotros, nos deja absolutamente tranquilos.

El Eterno está deseoso de procurarnos la bendición, pero no nos obliga a recibirla. El espíritu de Dios nos quiere socorrer y sostener, e insiste cuando nuestro deseo no es suficiente, porque él es amable, afectuoso y procura nuestro bien; pero cuando ve el pensamiento determinado a no recibir su socorro, entonces se retira. Es así como obra la influencia del espíritu de Dios.

El apóstol Pablo recomienda sobre todo a los efesios no contristar al espíritu de Dios, pues es evidente que si lo contristamos se retira y entonces caemos de nuevo en las tinieblas. Las Escrituras declaran que la condición de un hombre en tal caso es peor que antes de haber recibido la maravillosa luz de la gracia divina.

El Señor nos pone atentos al hecho de que si transgredimos contra el Padre o contra el Hijo, el pecado puede sernos perdonado, pero si

transgredimos contra el espíritu no hay perdón posible y hay que soportar el castigo. A veces tenemos que soportar castigos, pero no vienen nunca de nuestro Padre celestial; vienen simplemente de que no hemos aceptado la ayuda que el espíritu de Dios quería traernos, puesto que es llamado el consolador que obra siempre para guardarnos, consolarnos y bendecimos.

Hay que andar por fe, que es un sólido sentimiento en nuestra alma, cuando practicamos lo que vemos justo. Si violamos nuestra conciencia, naufragamos en cuanto a la fe, y entonces la fe disminuye cada vez más; es como si cayéramos en un abismo en el cual no encontraríamos nada para agarrarnos, y acabáramos por rodar hasta el fondo. Por tanto, es sumamente importante que tomemos a pecho las instrucciones que nos son dadas a fin de realizar la gloriosa liberación que se obtiene al pelear la buena batalla de la fe.

Podemos ganar la victoria si combatimos legítimamente. Estas cosas son de una importancia capital, y, sin embargo, poco las tenemos en cuenta, porque nos ocupamos de otras y, a causa de nuestra gran distracción, descuidamos la única cosa necesaria. Debemos tomar muy a pecho las enseñanzas del Señor a fin de combatir la buena batalla de la fe y dejarnos ayudar por el espíritu de Dios que viene a accionar nuestra conciencia divina.

Cuando entramos en contacto con un ambiente muy impregnado del espíritu del mundo, el espíritu de Dios nos fortalece con su protección y su fuerza para poder resistir a los asaltos del adversario que quisiera sumergirnos con su influencia. A menudo, ciertas situaciones nos parecen peligrosas, pero el espíritu divino viene inmediatamente a recordarnos que puesto que somos hijos de Dios no hay nada que temer, porque el Eterno nos guarda y ninguna desgracia puede sucedernos.

Cuando el consolador, el espíritu de verdad nos recuerda estas promesas, un sentimiento inefable de seguridad y de descanso aleja el temor que el adversario quisiera sugerirnos. Entonces experimentamos en nuestra alma un consuelo traído por el espíritu de Dios.

Actualmente sabemos que tenemos dos conciencias. Una de ellas está formada de las impresiones ilegales que hemos almacenado; con esta conciencia el adversario procura acusarnos para ponernos perplejos y quitarnos nuestra seguridad en la gracia divina.

Algunos amigos, tras haber andado cierto tiempo en los caminos divinos, no habían realizado la fe y se habían dejado acusar por su mala conciencia, a tal punto que estaban totalmente sugestionados. Hemos podido consolarlos, recordarles las certidumbres divinas, y su alma ha podido tranquilizarse; han sido librados de la terrible influencia demoníaca.

La segunda conciencia nos recuerda las promesas divinas por el espíritu de Dios, y entonces podemos ser fieles en ciertas circunstancias en que la prueba pudiera hacernos tropezar. Es así como se manifiesta el combate, porque al mismo tiempo que la prueba, el diablo procura también sugestionarnos para que escuchemos nuestra mala conciencia, lo veamos todo negro y nos dejemos desalentar.

Pero si poseemos lo suficiente de este maravilloso depósito de que habla el apóstol Pablo a Timoteo, diciéndole: "Guarda el buen depósito", en el momento en que el adversario pone su tropiezo y quiere sugestionarnos, el espíritu de Dios viene amablemente a recordarnos las certidumbres divinas: "No te dejaré ni te des-

ampararé", y podemos vencer el obstáculo. Así nuestra alma se regocija de la victoria, cobramos más valor que nunca, y podemos decir con todo nuestro corazón; Los caminos del Eterno son admirables.

Cuando podemos, con la legalidad, vencer la ilegalidad, una alegría inefable inunda nuestro corazón, porque en nuestra alma penetra el espíritu de Dios; experimentamos un sosiego y un refrigerio en todo nuestro ser. En cambio, si no sabemos resistir al adversario y que logra sugestionarnos, no oímos ya lo que el espíritu dice a las iglesias y tropezamos. Entonces afortunados somos si nos levantamos inmediatamente y pedimos perdón por toda nuestra pobreza y nuestra miseria.

Si confesamos nuestras pobreza ante el Eterno, él es fiel y justo para desquitarnos de ellas con la sangre preciosa del Cordero de Dios. Entonces nos encontramos de nuevo bajo la protección del Eterno y podemos empezar otra vez con valor y gozo la maravillosa carrera que nos lleva al completo cambio de nuestro carácter. Pero si después de haber sido trabajados por el adversario olvidamos de humillarnos, él puede seguir su obra de disgregación hasta desalentarnos totalmente. Es la obra del misterio de la iniquidad en nosotros.

El misterio de la piedad consiste en practicar lo legal, combatiendo según las reglas que nos son dadas por el Eterno. ¡Cuánto nos alegraremos un día de haber combatido según las reglas y de haber guardado la fe! Pues estaremos seguros de recibir la corona de justicia, y habrá cambiado nuestro carácter. Ya el adversario no podrá más importunarnos ni desalentarnos, porque el espíritu de Dios obrará en nuestro corazón en la prueba, mostrándonos cómo el Eterno nos libra de la boca del león, de la pata del oso, como lo hizo para David.

Es así como somos librados de todas nuestras malas situaciones por la gracia y el socorro del Eterno, nuestro corazón es afirmado y somos estimulados. Pero esto pide el deseo de alcanzar el grado de Hijo y poner a un lado el pensamiento del esclavo, siempre manifestado cuando no tratamos a nuestro prójimo con sentimientos amables y divinos, sino como personas inferiores a nosotros.

Tales sentimientos son del todo contrarios al espíritu de Dios. Por tanto, queremos regocijarnos de las maravillosas instrucciones del Señor que nos son dadas para que podamos cambiar de mentalidad al ponerlas en práctica, peleando victoriosamente la buena batalla de la fe, para que nos sea reservada la corona incorruptible de justicia, para honra y gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador.



Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Somos seres legales que luchan por la legalidad?
2. ¿Qué cambio hemos obtenido por nuestros esfuerzos en vivir la legalidad?
3. ¿Somos un estímulo para el mundo, que ve nuestros esfuerzos coronados con éxito?
4. ¿Es eficaz nuestro testimonio, al corresponder con nuestros sentimientos legales?
5. ¿Es un estímulo para el mundo el combate que libramos contra nosotros mismos?
6. ¿Traemos alegría, libertad y bendición por nuestra fidelidad en vivir la legalidad?